AÑO JUBILAR FRANCISCANO

Del 10 de enero de 2026 al 10 de enero de 2027



Con motivo de los 800 años
de la muerte de San Francisco de Asís
(1226 - 2026)

San Francisco y la fraternidad

Septiembre de 2026
N. 4



La fraternidad es otro de los grandes rasgos que caracterizan la persona de San Francisco de Asís. Él es el hermano universal, de todos y de toda criatura.

Hoy se menciona mucho la fraternidad, a veces como un sentimiento vago, difuso, pero la fraternidad, tal como la concibe y vive Francisco, es muy concreta y real, con una identidad.

Tres son los pilares que inspiran y fundamentan la fraternidad en Francisco:

— La paternidad de Dios. Es el gran fundamento: Dios es Padre y todos somos hijos e hijas en el Hijo, Jesucristo. Así lo cree firmemente Francisco, y desde esta convicción acoge a todos sus hermanos. Su mirada va mucho más allá de aspectos puramente humanos. El reconoce en cada hermano un hijo amado del Padre, un regalo.

— El seguimiento de Jesús pobre y Siervo. Francisco tiene la viva conciencia que Dios le da hermanos para vivir el Evangelio, siguiendo las huellas de Jesús que sirve y se entrega humilmente a los demás.

— La misericordia, la regla de oro de la fraternidad.

San Francisco no opta por la fraternidad de la noche a la mañana. Él "llega" a la fraternidad después de un proceso de búsqueda de Dios y de conversión.

Recordemos que en este proceso Francisco tiene un encuentro con los leprosos, un mundo que le repugna, del que huye por el horror que le causa, un mundo de excluidos y débiles... Francisco se acerca a ellos, los acoge, abraza, sirve, "practica misericordia" en palabras suyas. Y en él se produce un cambio sorprendente: la repugnancia y el horror se convierten paz, en "dulzura".



San Francisco descubre su propia lepra: vivir cerrado, replegado sobre sí mismo; la misericordia vivida con los leprosos le ha abierto la puerta para salir de sí y abrazar a los otros, especialmente a los débiles, a los marginados...

Muy cercana en el tiempo a esta experiencia, Francisco tiene el encuentro con el Cristo Crucificado, en la imagen del Cristo de san Damián, encuentro que lo marca interiormente.

San Francisco, contemplando a Jesús crucificado, descubre a Dios en la pobreza de la carne, capta la verdad de la Cruz, la entrega en la fragilidad, llena de amor y misericordia.

Francisco ve, se percata, de que la misericordia con el hermano débil, estigmatizado, es el nuevo camino de vida y será la base de la fraternidad.

Dios va conduciendo a Francisco a optar por la fraternidad y afirma con plena convicción: "El Señor me dio hermanos". Es consciente de que la fraternidad es un don y, al mismo tiempo, una tarea de todos los hermanos.

Él sabe que construir la fraternidad a veces no es fácil, por ello anima e insiste en vivir unas determinadas actitudes. Veámoslas:

— La "conversión mutua" es el camino para salir de uno mismo, para descentrarnos y abrirnos al otro, a sus necesidades... Así, el hermano se convierte en el centro, no yo.

— La confianza y la transparencia en las relaciones posibilitan un clima familiar, de acogida mutua.

— El servicio y la responsabilidad: Francisco pide a sus hermanos que "se laven los pies los unos a los otros", que se sirvan y obedezcan mutuamente. Tiene siempre ante los ojos la imagen de Cristo Siervo. Quiere que el servicio entre los hermanos no sea un servicio cualquiera o un servilismo, sino un servicio responsable, que vela por el hermano, un servicio que es expresión de entrega y amor.

— El discernimiento conjunto: la igualdad y el valor de todos y cada uno de los hermanos conlleva que el discernimiento se realice entre todos, reunidos.



— La fidelidad y la perseverancia: aunque aparezcan conflictos o situaciones complicadas, no desentenderse sino perseverar en el camino de la escucha, dialogo y amor.

— La obediencia: para san Francisco la obediencia es de suma importancia en la vida fraterna. Como decíamos, no se trata de sumisión sino de un acto de amor y donación al hermano. Existe una estrecha relación entre obediencia y amor.

Francisco, contemplando a Jesús, ve que el corazón de la obediencia es la comunión. Jesús, el Hijo que nos enseña a ser hijos, obedece al Padre porqué lo ama y está en comunión con Él.

Para Francisco amar y obedecer como el Hijo comporta escuchar, acoger la Voluntad del Padre. Por tanto, la obediencia no puede situarse fuera del Padre, de ahí su importancia. Y mucho menos se la puede reducir a un mero aspecto organizativo.

Así pues, cuando la obediencia pida ceder, renunciar... el hermano lo asume libre y responsablemente, porque ama y quiere mantener la comunión en la fraternidad. No vive la obediencia como anulación de su persona sino como amor oblativo que une en la diversidad.

Y una última palabra sobre san Francisco como el hermano universal, de todos y de toda criatura, que se abre a la fraternidad universal.

Francisco se sabe hermano de toda persona y de todo el universo porque tiene la viva conciencia de que todo y todos han sido modelados por las manos del Padre, el Creador.

Además de esta convicción, Francisco es la persona reconciliada consigo misma, con sus límites, reconciliada con los otros y con toda la creación. Y desde aquí Francisco se convierte en el hermano universal.

Para la reflexión.

— ¿Cómo es mi mirada hacia los hermanos? ¿Veo sólo los aspectos humanos o sé reconocer en ellos un hijo/a de Dios?

— ¿Qué actitudes debo potenciar y qué puedo hacer para mejorar mis relaciones con los demás? ¿Y qué debo evitar?

— ¿Sé escuchar al otro, dialogar con él, sea quien sea, con actitud de hermano?

Texto: Hermanas del Monasterio de Santa Clara de Reus / **Edita:** Arzobispado de Tarragona